

En 12 de agosto hubo una sangrienta escaramuza entre blancos y negros en Austin (Mississippi), que no terminó hasta la llegada de las tropas, y en la cual perecieron quince ó veinte hombres. En el mismo mes estalló en Trenton (Tennessee) una insurrección de negros, pero fué reprimida por las autoridades, que mandaron ahorcar, sin contemplación, á los jefes del movimiento. Estas colisiones eran debidas al rencor predominante entre los blancos y la raza que habia recobrado su libertad. Es indudable que en muchos casos los negros reclamaban sus nuevos privilegios con demasiada grosería, y de una manera insolente, dando con esto lugar á que se exasperasen los ánimos; mientras que, por otra parte, los propietarios, muy irritados por la pérdida de su antigua supremacía, y aun resentidos por las consecuencias de la guerra civil, procedían con violencia y crueldad. Ciertamente que los negros contaban con el apoyo de varios aventureros del Norte; mas estos últimos, á menudo hombres de mala fe, atizaban el fuego de la discordia en vez de conciliar los ánimos. El Poder ejecutivo de los diversos Estados del Sur y las legislaturas estaban casi enteramente en manos de negros emancipados, y de aquí resultó una corrupción y mal gobierno deplorables, sin que la autoridad respectiva pudiese conjurar el mal.

El Estado de Luisiana, sobre todo, era tan alarmante, que por un momento se temió una nueva guerra civil entre el Norte y el Sur. El gobernador Mr. Kellogg habia sido elegido por el voto de los negros, pero los blancos opusieron una enérgica resistencia. El presidente Grant apoyaba á dicho funcionario, porque la elección era legal; mas parece que este gobernador habia abusado de sus atribuciones, lo cual irritó de tal modo á los blancos, que habiendo celebrado una reunion en Nueva Orleans, acordaron denunciar á Mr. Kellogg como usurpador, pidiendo su destitución; y no contentos con esto, llamaron á los ciudadanos á las armas, organizando muy pronto un cuerpo de diez mil hombres. El gobernador no sabia qué hacer, pues no contaba con fuerzas suficientes para resistir, y al fin sometióse á sus enemigos. Entonces los blancos restablecieron el gobierno derribado ántes por las tropas federales, pero su triunfo fué de corta duración, pues habiendo apelado Mr. Kellogg al Presidente, este último expidió una proclama intimando á los insurrectos que se dispersasen en el término de cinco días, y previniéndoles que los

jefes militares tenían orden de proceder enérgicamente para restablecer la tranquilidad. Sheridan marchó á Nueva Orleans inmediatamente, é hicieronse preparativos militares en gran escala, prohibiéndose reconocer al gobierno insurgente, cuya existencia era á todas luces ilegal.

Estas medidas bastaron para asegurar el orden, y entonces el gobernador Kellogg volvió á ocupar su puesto, sin que por el pronto se turbase más la tranquilidad.

Sin embargo, la tregua no duró muchos meses: á principios de 1875 renováronse las disensiones, y las tropas federales hubieron de expulsar á cinco individuos del partido democrático que, segun se aseguraba, habian obrado con violencia é intimidación. El general Sheridan, encargado del mando en el departamento del Golfo, ofendió entonces mucho á los demócratas, por haber dicho que el asesinato y la violencia eran cosa corriente en aquella parte del país, y que en uso de sus atribuciones el Presidente apelaría á enérgicas medidas militares. Los despachos dirigidos por el general Sheridan al Gobierno eran muy destemplados y poco juiciosos; pero no puede negarse que en el Sur estaban muy inflamadas las pasiones, y que se habia hecho indispensable la intervención de la fuerza. Con Luisiana, no obstante, se buscó una conciliación: los cinco demócratas expulsados volvieron á ocupar sus puestos, y acordóse que Mr. Kellogg continuara en el gobierno hasta 1877, sin procesársele por sus actos anteriores.

A pesar de todo, en el Sur continuaba la agitación, promovida por la violencia de las pasiones, y sobre todo por el empeño de los blancos en oprimir é insultar á los negros por cuantos medios les era posible; de su crueldad se tuvo un doloroso ejemplo en julio de 1876 en el pueblo de Hamburgo (Carolina del Sur), donde algunos milicianos negros fueron muertos, sólo por haber intentado celebrar el día de la Independencia. Hé aquí el espíritu que hacia que la esclavitud en el Sur fuese la más indigna de las instituciones, y hé aquí por qué la tarea de los gobiernos en Washington está siempre erizada de dificultades.

Poco despues de haberse reelegido á Grant para la Presidencia ocurrió en los Estados Unidos un gran desastre, cual fué el espantoso incendio que destruyó casi completamente la ciudad de Chicago, principal centro comercial del Illinois. Situada sobre el lago Michigan, su

existencia databa sólo desde 1830; en 1871 contaba ya, sin embargo, con una población de 400,000 habitantes; pero muchas de las casas eran las antiguas viviendas de madera construidas por los primeros colonos. El día 8 de octubre se inflamó en una casa una lámpara que contenia petróleo, con tan mala suerte, que al punto se declaró un incendio, y no habiéndose llegado á tiempo para sofocarlo, propagáronse las llamas de casa en casa y de calle en calle con espantosa rapidez; 25,000 casas fueron pasto del devorador elemento, que se extendió en el espacio de cinco millas cuadradas; 98,500 personas quedaron sin albergue, y 250 perecieron en las llamas. Las pérdidas materiales fueron enormes, no bajando de 290,000,000 de duros. Gracias á las suscripciones que se abrieron al punto, no se tardó en reconstruir la ciudad, y esta vez se edificó con piedra y mármol, tan activamente, que en 1873 elevábase la nueva Chicago sobre las cenizas de la que el fuego habia consumido. En julio de 1874 estalló otro incendio considerable; pero no alcanzó las gigantescas proporciones del anterior.

El mormonismo, que casi se habia olvidado ya, fué otro de los asuntos que debian llamar muy pronto la atención del gobierno de los Estados Unidos y del público en general. El pueblo de Utah habia aumentado mucho durante los últimos años, pero el primitivo carácter de la colonia hallábase bastante modificado por la marcha de los acontecimientos y la introducción de muchas personas que no profesaban las ideas de Brigham John. De aquí resultaron numerosos cismas y una creciente oposición á la poligamia, y al fin se llegó á temer que se produjese un conflicto con la colonia de los mormones. El presidente Grant habia resuelto adoptar varias medidas para someter á esa secta á las leyes del país, y en su consecuencia, en 1871, el Jefe de Justicia de Utah anunció que la poligamia se consideraría como un crimen, no sólo en aquel territorio, sino en los demás de la Union. Poco tiempo despues dióse orden de prender á Brigham John, acusado de bigamia; pero el jefe de los mormones huyó, y no se le volvió á ver hasta 1872, cuando ya se habia dado orden de suspender la persecución contra los mormones, que se comprometieron á renunciar la poligamia si se queria comprender su territorio en la Union como Estado. En 1874, no obstante, Brigham John, acusado de nuevo del mismo delito, y habiéndose negado á obedecer á la autoridad, fué re-

ducido á prision en su misma casa; absolviósele en 1875, y murió dos años despues.

A fines de 1873 la situación del gobierno de Grant llegó á ser bastante crítica, á consecuencia de haber excedido los gastos á los ingresos en más de siete millones de libras esterlinas. En dicho año el comercio habia sido muy escaso, debiéndose á esta circunstancia que se gastara mucho ménos en los artículos que pagaban derechos. Precisamente entonces habíanse invertido considerables sumas para reforzar el ejército y la armada, porque se temia una guerra con España; y entre unas cosas y otras resultaba de aquí que los gastos habian aumentado constantemente desde el advenimiento del general Grant al poder. A principios de 1874, el Secretario del Tesoro se vió en la precisión de solicitar nuevos impuestos hasta la suma de cuarenta y dos millones de duros; mientras que el Senado y la Cámara de representantes acordaron admitir un proyecto por el cual se aumentaba la circulación del papel en unos nueve millones de libras esterlinas, para las eventualidades que pudieran ocurrir. Tambien se queria autorizar á los Bancos para que pusieran mayor número de billetes en circulación; y con estas medidas aplazábase indefinidamente la resolución de la crisis monetaria.

Las clases mercantil y financiera manifestaron claramente su disgusto al saber que se trataba de adoptar semejantes medidas, y el presidente Grant rehusó sancionarlas, y en su mensaje, imponiendo el *veto*, declaró que no podia consentir que la circulación del papel se aumentase en cien millones de duros; que semejante medida era en su concepto una desviación de los verdaderos principios financieros, y que la consideraba contraria á los intereses nacionales y á las obligaciones del país para con sus acreedores. El general Grant añadió que no era partidario de ningun método artificial para crear papel moneda, cuando no se tenia el metálico necesario para pagar á la presentación de los billetes. Estas razonables apreciaciones del Presidente merecieron el apoyo de las clases que gozaban de más influencia, y el Congreso no tuvo fuerzas suficientes para hacer aprobar el *bill* en que Grant impuso el *veto*.

En 1875 Grant propuso para aumentar los ingresos restablecer los impuestos sobre el té y el café, y no admitir el diez por ciento de reducción en los derechos sobre el hierro, el acero, etc., acordado en 1872, aconsejando otras medidas para poner la circulación de papel á

la par con el oro. Los demócratas, procediendo con tanta imprudencia para sus intereses como para los del país, opusieron dificultades, declarándose en favor de la circulación del papel moneda; mientras que los republicanos querían disminuirle en lo posible, y hasta suprimirlo. Esta era también la tendencia general en el país; y hé aquí por qué el partido democrático fué derrotado en las siguientes elecciones.

En su último mensaje anual dirigido al Congreso en 5 de diciembre de 1876, después de dar cuenta de los asuntos públicos, y en particular de los relativos á la hacienda, el presidente Grant terminaba así: «Con el presente Congreso terminan mis funciones oficiales, y ya no es fácil que me vuelva á ocupar de la política sino como ciudadano de la República.»

A pesar de esta declaración muchos creían que el general Grant deseaba ser reelegido por tercera vez para la Presidencia, y no cabe duda que sus partidarios estaban dispuestos á prestarle su apoyo; pero la mayoría del pueblo americano recordaba la observación de Jefferson, que había aconsejado con mucha insistencia oponer un dique á la ambición personal; y por esto el Congreso había aprobado el año anterior un acuerdo, declarando que una tercera reelección sería inconstitucional. El general Grant tuvo el buen sentido de conformarse con lo resuelto tan autorizadamente, y no hizo nada que revelase el menor deseo de volver á gobernar.

Por otra parte, Grant había perdido mucha popularidad en su segunda administración, demostrando que estaba muy lejos de ser tan buen político como general. Toleró, ó no supo evitar graves abusos; y su política de fuerza en el Sur, no sólo había disgustado á los demócratas, sino también ofendido á los republicanos. En cuanto á la cuestión financiera y comercial, aunque no podían imputársele las perturbaciones que produjo, sobre todo en 1873, sus adversarios políticos hicieron de ellas un arma para combatir su administración y desacreditarle.

Retirado ya de la vida pública, Grant abandonó su país para emprender un largo viaje por Europa y Asia; estuvo primeramente en Inglaterra, donde fué cordialmente recibido, y después visitó las primeras capitales de la China y el Japon, en las que, no sólo se le acogió benévolutamente, sino que se le dispensaron obsequios é hicieron varios presentes de considerable valor. Los príncipes Kong y Luinga

Tchang le regalaron magníficos bronce y varios objetos artísticos de gran valor, con los que el general pudo enriquecer la preciosa colección que había comenzado á formar pocos años antes.

En 1879, Grant regresó á Nueva York, donde ya no encontró muchos partidarios; en su segunda administración había sido blanco de severas censuras, más ó menos merecidas, como ya hemos dicho, acusándose de dilapidación, si no á él, á las personas á quienes protegía; y esto era sin duda la causa de que hubiese perdido mucha de su influencia. Desde aquel momento Grant dejó de ser una figura importante en la vida pública, desgraciadamente para él, pues se aventuró en empresas comerciales muy arriesgadas en las que perdió toda su fortuna y la de los suyos, arruinándose completamente, lo cual le obligó á declararse en quiebra. A este gravísimo disgusto agregóse una dolencia aguda, un cáncer en la lengua, que al cabo de algunos meses debía conducirle al sepulcro.

El desgraciado ex presidente pagó muy caras sus ruinosas especulaciones financieras. Apenas se hubo declarado en quiebra, el ministerio de la Guerra ordenó que se le embargaran sus trofeos militares y cuantos objetos de valor poseyese, incluso su rico museo, que la señora Grant se complacía en enseñar á cuantas personas visitaban á su esposo, y en el cual figuraban ricas espadas de honor, presentes de mucho mérito, hechos por diversas ciudades, pueblos, príncipes y soberanos, y objetos artísticos de gran valor. El 11 de junio de 1885, el coronel Batchelder, delegado del ministerio de la Guerra, á quien acompañaban dos peritos para inventariar y empaquetar, se incautó de todo lo que pertenecía al ex-presidente, llevándose hasta su uniforme de general de ejército y las charreteras.

¿No merecía Grant que se le guardasen algunas consideraciones, tratándole con ménos rigor en los procedimientos, sobre todo en días en que una enfermedad mortal le tenía condenado á muerte? O por lo ménos ¿no se hubiera podido aplazar la ejecución del embargo, evitándole así el profundo pesar de verse despojado de sus objetos más queridos, pesar que aceleró su próximo fin acibarando los últimos días de su existencia? El general que había derribado la Confederación veinte años antes, salvando á la Unión federal de los peligros que la amenazaban, ¿no era acreedor á que el Con-

greso votase una suma para aliviarle en sus graves apuros, ó bien propusiera una suscripción nacional en favor del que tan eminentes servicios había prestado en defensa del gobierno y en bien del país? Sin duda no se creyó oportuno ó conveniente nada de esto; y el general Grant murió el 22 de julio, á las ocho de la mañana, unas seis semanas después de haberse procedido al embargo de sus trofeos militares. Conservó el conocimiento hasta el último instante de su vida, aguardando su fin estoicamente, rodeado de los suyos, que no le abandonaron ni un minuto.

Hasta el último día de su existencia, Grant se ocupó en corregir sus *Memorias*, que muy pronto verán la luz pública, según se asegura.

El general, hombre de escasa estatura y rostro abultado, se distinguía por su carácter taciturno y por su inalterable impasibilidad.

Cuando circuló la noticia de la muerte del general Grant hubo muchas manifestaciones de duelo, y el Gobierno hizo los preparativos necesarios para que los funerales fuesen superiores á cuanto se había visto hasta entonces, dando así el último testimonio de respeto al ilustre finado. Por lo pronto suscitáronse algunos debates sobre la elección del punto en que debían reposar los restos mortales del ex-presidente. Hubiérase designado desde luego West Point, pero el mismo general, á pesar de sus deseos de reposar allí, había reconocido que sería imposible cumplir su voluntad de que una misma tumba encerrase sus cenizas y las de su esposa; Galena, la ciudad natal de Grant, no se creyó conveniente para el caso; y al fin, previo el consentimiento de la familia, acordóse inhumar el cadáver en el Parque Central de Nueva York, donde se erigiría un magnífico monumento.

El 28 de julio celebróse un *meeting* de varios personajes y capitalistas de Nueva York á fin de nombrar un comité que se encargara de la recaudación de fondos destinados á erigir el citado monumento á la memoria del general Grant. Entre las personas que asistieron á esta junta figuraban Mr. Arthur, el general Mac. Callan, Mr. Hamilton y otras notabilidades, así como los directores de los periódicos de la localidad.

Las cartas y mensajes de pésame que la viuda del ilustre difunto recibió, tan pronto como se supo su muerte, fueron muy numerosos, pues el general contaba con muchas simpatías fuera de su país, y sobre todo en Inglaterra.

El príncipe y la princesa de Gales enviaron al punto telegramas á la afligida esposa; el presidente Cleveland y el ex-presidente Arthur la escribieron una extensa carta; y el ministro de Inglaterra en Washington la expresó su sentimiento, en su nombre y el de su gobierno.

Por su pompa y aparato, los funerales del general Grant fueron una verdadera solemnidad fúnebre para Nueva York. El cadáver, trasladado á esta ciudad desde Saratoga, y recibido con los debidos honores por una comisión de diputados y las autoridades locales, se depositó en una sala de la Casa Ayuntamiento, donde estuvo expuesto durante dos días, en cuyo tiempo le visitaron doscientas setenta mil personas. Para que se forme una ligera idea de la extensión de la línea que formaban los curiosos, los cuales entraban por turno, bastará decir que los últimos hubieron de aguardar siete ú ocho horas para entrar en el edificio. El cuerpo, debidamente embalsamado, se había puesto en un ataúd con cubierta de cristal, y custodiábanle veteranos del ejército del general Grant.

En el lugar destinado para la sepultura de los restos mortales, situado en las orillas del Hudson, en la extremidad norte de la ciudad, habíase construido una bóveda provisional para depositar el féretro. La fúnebre procesión, que debía recorrer una distancia de siete ú ocho millas para llegar á dicho punto, tenía cierto carácter militar, pues precedían á la comitiva un verdadero cuerpo de ejército, compuesto de tropas de los Estados Unidos, al mando del general Hancock, y un cuerpo de milicia de Nueva York, formando en todo un total de 20,000 hombres. A la cabeza de la columna iban los veteranos de la guerra civil, mezclados con marinos y voluntarios del que fué ejército de la Confederación. En el acompañamiento figuraba, entre otros personajes, el general Johnston, uno de los más distinguidos jefes del Sur; vestía de paisano, é iba en coche con el general Sherman, contra el cual había luchado tenazmente en 1864 y 1865, y al que se rindió, como ya se ha dicho, después de la capitulación del general Lee. Johnston, una vez terminada la guerra, habíase asociado en varias empresas agrícolas y comerciales, ocupándose al propio tiempo en escribir una fiel narración de sus operaciones militares durante la campaña. El anciano general cuenta ya setenta y ocho años. Sherman, su compañero ahora, y en otro tiempo temible rival, no había adquirido ménos